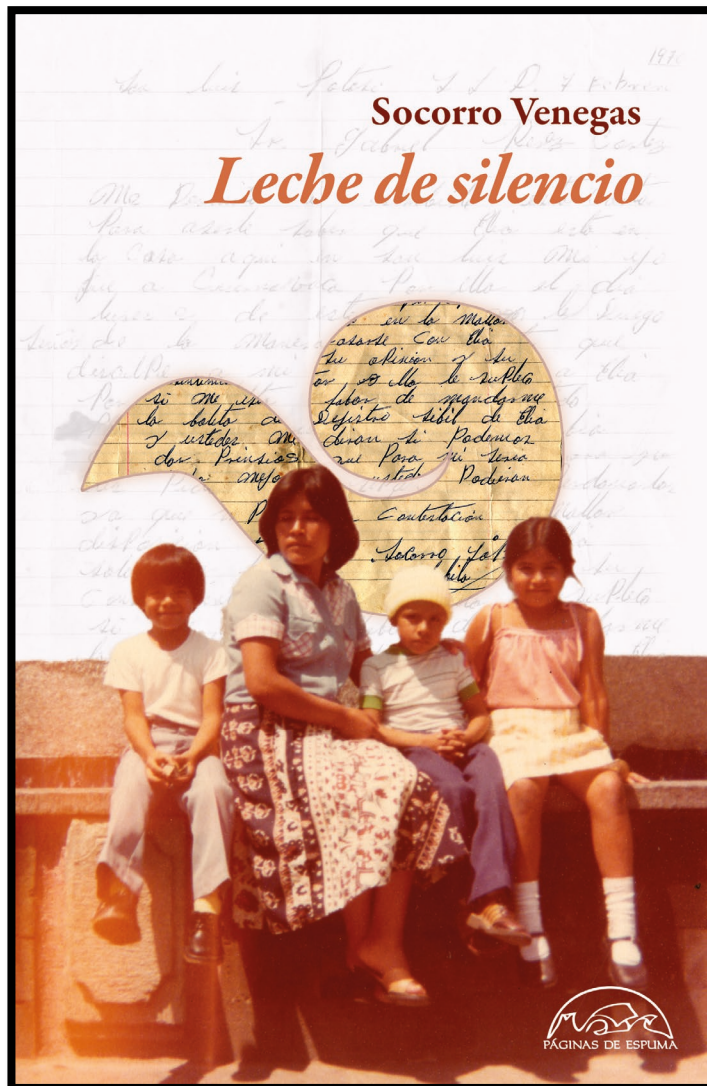


Socorro Venegas

LECHE DE SILENCIO



Editorial Páginas de Espuma

+34 91 522 72 51 | | prensa@paginasdeespuma.com

Información: www.paginasdeespuma.com



Biografía

Socorro Venegas es escritora y editora mexicana. Entre sus libros están las novelas *La noche será negra y blanca* (2009, Premio Nacional de Novela Ópera Prima «Carlos Fuentes» y mención especial en el Premio de Literatura «Sor Juana Inés de la Cruz» que otorga la FIL Guadalajara) y *Vestido de novia* (2014); los libros de cuentos *La memoria donde ardía* (Páginas de Espuma, 2019), *Todas las islas* (2002, Premio Nacional de Cuento «Benemérito de América»), *La muerte más blanca* (2000), *La risa de las azucenas* (1997). Sus cuentos se han traducido al inglés y al francés, y han sido recogidos en varias antologías.

Es compiladora con Juan Casamayor de *Vindictas. Cuentistas latinoamericanas* (2020). Con Páginas de Espuma también publicó *Ceniza roja* (2022), ilustrado por Gabriel Pacheco. Fue escritora residente en el *Writers Room* de Nueva York, becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y del Centro Mexicano de Escritores. Escribe la columna «Modo Avión» en la revista electrónica de literatura *Literal Magazine*. Ha dirigido proyectos editoriales en el Fondo de Cultura Económica y la Universidad Nacional Autónoma de México, donde creó la colección de novela y memoria *Vindictas*, que recupera la obra de escritoras latinoamericanas marginalizadas por el canon del siglo XX.

Acerca de *Leche de silencio*

“No estoy preguntando si mis recuerdos son verdaderos. No sé qué estoy preguntando. Igual que un pájaro, junto ramitas para construirme un refugio, ahí voy a resguardar lo que nacerá. Todavía no sé cuál será su forma. Recordar como si el presente pudiera blindarnos del pasado. Escribir como si la fragilidad de la infancia nos hiciera invulnerables”.

Así comienza esta hermosa escritura mestiza, híbrida, en tensión y en reposo, entre la memoria, la biografía, la no ficción, la ficción donde espacios, tiempos, personajes y linajes oscilan entre silencios y lenguas, que unas se hablan, otras no. Testimonio, confesión, conversación entre madre e hija sobre la pérdida, la lengua fantasma y el porvenir: “Se escribe algo así para que alguien a quien amas sepa quién eres y de dónde vienes. Pienso en mi hijo. En decirle ven, mira, esto es como abrirnos la piel para ver los afluentes de nuestra sangre. Una lengua es vida indómita, un río de latidos. Esta es tu puntuación ancestral”.

Entrevista

Comencemos por lo que creemos que es el gran tema de *Leche de silencio* que se sitúa en el epicentro de su obra: la memoria. “Invito a Elia a que anidemos juntas. A buscar en su memoria y en la mía. En su lengua y en la mía”. Y añadiría una pregunta que usted misma se hace: “¿La memoria es un lugar seguro?”

Pienso que en *Leche de silencio* hay varios temas y entrecruzamientos: la revaloración de las lenguas originarias, la dignidad de una vida transcurrida en los márgenes, el duelo, la infancia como territorio trágico, el misterio de las maternidades. La memoria es el gran nido de mi escritura. Un reservorio en movimiento, un surtidor de historias que me consuelan y me interrogan, que a veces conozco hasta que las escribo. Es muchas cosas, pero no un lugar seguro. Lo sabe Elia, la protagonista de este libro, que llega a decir “Ojalá pudiera olvidar de verdad”. Está pidiendo lo mismo que Constanza, la madre de Arturo en la tragedia *El rey Juan*, de Shakespeare, llora la muerte de su hijo y preferiría estar loca para olvidarse de sí misma; el rey Felipe le reprocha que ame tanto la pena como a su hijo, y ella lo reconoce: esa pena lo es todo, abarca la ausencia, aquello que no volverá a ver de él, ¿cómo no ha de amarla? La memoria puede torturarnos; escribirla es crearla de nuevo, a veces un poco a nuestro favor: podemos volver a ver a los ausentes, amarlos, corregirnos ante ellos: decir lo que no se dijo a tiempo. ¿Es una forma de la ficción? Tal vez la más necesaria.

Otro gran tema: la muerte, la pérdida, el duelo. Esa sombra que recorre una familia y que se va concretando a medida que avanzamos en el texto. Un diálogo que va y

vuelve cruzando la línea del silencio y la estática del duelo. Háblenos de cómo se enriquece y extiende esta sensibilidad, esta reflexión, esta experiencia tan presente en su escritura.

He escrito sobre mi experiencia de la viudez a los 26 años. En algunos cuentos relato la enfermedad de mi hermano menor, y en mi novela *La noche será negra y blanca* lo que rompe a una familia y la atomiza es la pérdida del hermano pequeño, que tiene un accidente, esto es ficción, no quise ir más allá. En *Leche de silencio* cuento lo que pasó tal y como lo recuerdo, urdiendo con cada hilo de mis recuerdos de infancia. Es una historia muy dura, nunca me había atrevido a contarla así y no podía hacerlo sola. Para escribir este libro conversé con mi madre durante un par de años, con su permiso grabé, transcribí, y cuando llegamos a ese momento donde la enfermedad termina por llevarse a Gabriel, las dos lloramos. Es inaudito que pueda sufrir tanto un niño pequeño. Como madre me cimbra lo que ella atravesó. Esa conversación no pude volver a escucharla grabada. Es imborrable, debería ser imposible.

Algo que tampoco había hecho es poner a dialogar mis duelos. Era una niña cuando murió mi hermano. Mucho después ocurre lo de la viudez. El duelo es una reescritura de una misma, trato de mostrarlo. La experiencia que me interesa literariamente es la de quienes se quedan, cómo siguen, qué les cuesta; no hay misterio en la muerte. Traigo otras voces al libro, son testimonios forjados a sangre y fuego. De alguna manera pergeñé un gran duelo colectivo. En alguna parte escuché a Toni Morrison decir que a veces no se sobrevive de una pieza, solo en parte. He llegado a pensar que así es para mí. Escribí *Leche de silencio* no porque sea más fuerte ni valiente. Mis duelos se prolongan, no sé despedirme. No tiene que ver con los que se van, sino con mi manera de gestionar la ausencia. Era importante contar esta historia porque hay una belleza tremenda en aprender todo esto.

La infancia, los nueve años perpetuos, la mirada de quien trata de comprender y las decisiones imposibles en una niña, o lo que nunca debería haber pasado a un niño. Ante las ausencias, en plural, de los adultos los niños y las niñas se erigen en colosos. No es la primera vez: su ficción también está poblada de estos pequeños seres. ¿Nos los retrata un poco aquí su desarrollo en *Leche de silencio*?

Esas son las infancias que conocí: en riesgo, con mandatos improcedentes del mundo adulto, con aprendizajes crueles, en situaciones límite y capaces de responder con una ternura abrumadora. Me sobrecoge pensar en cuántas niñas y niños han sufrido violencias de las que no han podido hablar. O que el uso de la palabra para denunciar un abuso solo pertenezca a los privilegiados, que si algo les pasa a niñas indígenas o pobres parezca normal, inevitable, como si les correspondiera. El dolor no debe ser un destino manifiesto para nadie.

Mi libro es un viaje a la memoria ancestral pero también a los latidos del presente, es una meditación íntima pero también social y política. En muchos lugares los niños parecen no tener ningún valor, y de su cuidado somos responsables todos. América Latina y el Caribe tienen la segunda tasa más alta de embarazos adolescentes en el mundo: chicas menores de 19 años convirtiéndose en madres, muchas víctimas de abuso sexual, sobre todo las menores de 15 años. Son niñas. La ONU también ofrece este dato: el mayor porcentaje de embarazos se da entre las chicas más pobres, las de menor nivel educativo o las que pertenecen a grupos indígenas o afrodescendientes.

Los linajes de mujeres, abuelas, tías, madres, hijas... complicidad y enfrentamiento, la necesidad de recordar y entender juntas, la dificultad de la transmisión y la confesión, el reencuentro y el recuerdo frente a olvidos y ausencias. Esta costura sanguínea del libro es uno de sus costados más sólidos. Descríbanos ese devenir generacional lleno de vínculos.

Este libro ha sido, primero, una larga conversación con mi madre. La escuché y me escuchó, nos hicimos preguntas, nos reímos, lloramos, estuvimos en desacuerdo, nos abrazamos. Nuestras palabras son ese abrazo. En *Leche de silencio* se trenzan las voces de nuestras ancestras, las abuelas y mi tía sorda, sobre todo me interesó entrar en mi linaje materno. Ellas, que no tuvieron derecho a su voz o a su lengua. Quiero prestarles oído, transmitir en estas páginas de qué están hechas esas vidas que me constituyen a mí y a tantas mujeres. Uno de los desafíos más grandes fue no romantizar sus vidas ni la mía; mi abuela materna, a la que adoraba, no protegió suficiente a sus hijas, y mi madre y yo no siempre nos hemos comprendido o aceptado. Las mujeres de este libro se equivocan, cargan en sus silencios secretos de los que no se sienten orgullosas: están vivas.

Insoslayable la lengua fantasma, el lingüicidio, la lengua que no se permitió conocer y hablar. *Leche de silencio* podría leerse como un viaje desde lo exterior (la voz y la lengua) a lo más interior (las entrañas, lo no dicho, los secretos). ¿Nos puede compartir ese punto de arranque de no hablar el náhuatl, del silencio impuesto, como el de su tía sordomuda, Sara, que no deja de hablar?

El dolor es una lengua que no siempre se articula para escucharse. Escribo de mi tía sorda, que nunca llega a decir una palabra pero crea su propio lenguaje, rompe el aislamiento al que estaba destinada. Ella arrulló en el silencio a sus hijos. Y mi madre, al ocultar su lengua materna, hizo algo similar. Por mi parte, no he estado imposibilitada para hablar una lengua ni la he tenido que esconder, así que un día me pregunté ¿por qué yo no hablo náhuatl? Esa pregunta ha sido mi revolución. Se me reveló el país racista y clasista en el que vivo, dejé de normalizar ese entramado de sutiles y a veces no tan sutiles prejuicios que están presentes en la vida cotidiana, comprendí a mi madre y su necesidad de reservar su lengua solo para ella, pero no nos quedamos ahí: nuestra conversación ha ido llevando a que ella se interese, al fin, por enseñarme náhuatl, y también, al fin, a que yo necesite y quiera aprenderlo.

En este sentido su obra posee la fuerza de la militancia y la rebeldía bajo una escritura poética que hace más si cabe la denuncia de políticas que han decidido imper-turbablemente en contra de las minorías marcada por lengua, piel y pobreza. Denuncie, por favor.

¿Cómo es que a una niña le arranquen la lengua?, es una de las primeras preguntas que me hice al empezar a escribir este libro. Y no solo pensaba en mi madre, sino en mi tía sorda, en mí misma. Estas historias nutren la Historia, la hacen auténtica.

La existencia de los pueblos originarios no tiene valor en el presente, en la imaginación de nuestros países, por lo tanto ocupa pocos espacios en la literatura actual. Se entiende solo en un contexto político, o es denuncia, historia remota, museística, conmemoración condescendiente o no es nada. Los indios que valen son los muertos, los ancestrales, son el pasado, nunca un presente vivo, rico. Por otro lado, es impresionante cómo siguen desapareciendo lenguas en el mundo sin que se logren crear políticas efectivas

para su revitalización. La Unesco anunció que en los próximos cien años desaparecerán el 90% de las lenguas. En general se habla de lenguas silenciadas o se denuncia el racismo en textos antropológicos, en ensayos académicos. Yo no soy lingüista ni historiadora y por eso mi indagación es ésta, construyo una épica íntima, la de las mujeres en mi trazo sanguíneo. Es la memoria de muchas enraizadas en el silencio. Quiero mostrar por qué importa la historia de mujeres indígenas en resistencia desde hace más de 500 años.

Y llegados a este punto, se lo ponemos difícil. Defina su libro: ¿memorias?, ¿autobiografía?, ¿ensayo?, ¿ficción? Nosotros concluiríamos con unas memorias poéticas. ¿Usted?

No es nada difícil. Pensaba en este libro como un híbrido —por mucho tiempo lo llamé el *híbrido*—, pero mestizo es una palabra que lo define mejor y por eso también puede tratarse de memorias poéticas, de un ensayo imperfecto, inestable, de una autobiografía imaginaria, incluso de una correspondencia, entendida como un intercambio emocional muy intenso. Me gusta mucho la forma en que se integran algunas cartas en el libro, de Gloria Anzaldúa, de mi abuelo materno, de otros escritores, de mi abuela paterna, pienso en el acto mágico, a veces amoroso, incierto, de dirigirse por escrito a alguien. Me interesa la correspondencia en todas sus acepciones. Soy una escritora mestiza, como todos lo somos al apropiarnos de distintas voces y corrientes. Esta última palabra me gusta porque remite a afluentes, eso soy: un río de voces, de sangre y memorias me dan identidad. Un escritor no puede buscar pureza. No la hay aquí, no es lo que busco. Estoy tratando de atrapar algo que siempre escapa. En alguna parte del libro me pregunto si es necesario clasificar una escritura que quiere ser un gesto: el de poner una flor, por última vez, en el pecho de un amado.